

PREGÓN CCL ANIVERSARIO

CONGREGACIÓN DE MENA

Y ARMADA ESPAÑOLA



Teatro Cervantes de Málaga
19 de febrero de 2006

Antonio Garrido Moraga
Pedro Luis Gómez Carmona

Buenas noches a todos. Aquí, en el teatro Cervantes, y ahí, en vuestros hogares, gracias a Canal Málaga, televisión que lleva en directo este acto a todos los cofrades malagueños.

Excelentísimo señor alcalde de Málaga, Francisco de la Torre: dignísimas autoridades. Querido hermano mayor, Cayetano Utrera, querido Álvaro Mendiola, queridos congregantes de Mena, malagueños como nosotros, presentes en este maravilloso acto conmemorativo del 250º aniversario de la unión desde el corazón y desde el alma de esta cofradía malagueña y la Armada Española; cofrades, malagueños, buenas noches a todos.

Querida Adela, como el mayor de los dos, adquiero la responsabilidad y el honor de agradecerte lo que has dicho de nosotros. Sé que somos personas de bien y de peso, pero te has pasado, como coloquialmente se dice. Nos hemos criado casi juntos, y eso une mucho, pero han sido muy bondadosas tus palabras e inmerecidos tus elogios. Adelita, compañera mujer de trono de mi Cristo de Mena, que también es el tuyo, mujer de armas tomar, gracias por tu presentación, muchas gracias en nombre de Antonio y de éste humilde pregonero.

Pero...

¿Qué son 250 años, hermano?

Nada, hermano. Total, un cuarto de milenio.

Pues eso, casi tu edad.

No, perdona, que la mía es la tuya y tú has reconocido ser el mayor.

Ni que fuéramos 'los gemelos del sur'. Bueno, que empezamos. Que empezamos...

Allá ustedes, señores.

Antes que nada, recordaros que esta imagen que preside este acto aquí en el Cervantes es un dibujo original realizado expresamente para este acto por Félix Revello de Toro.

Revello de Toro es uno de los grandes pintores españoles contemporáneos, y, sin duda, uno de los maestros del retrato del siglo XX. Hijo de Málaga, hermano de Mena, lleva a su Cristo de la Buena Muerte y a su Madre de la Soledad en su corazón. Hoy está aquí, entre nosotros, y anoche las cofradías de Málaga le dieron un gran homenaje, el que se merece, porque pocos hay tan generosos como nuestro buen amigo Félix.

Félix Revello es una gloria para Málaga y un lujo para sus amigos. Es, además de un gran artista, un

hombre bueno. Tanto como excelente es su pintura. Mano firme en el dibujo y corazón de oro, él nos ha firmado 50 copias numeradas del 1 al 50 y rubricadas por él, de éste dibujo de la Soledad, que como ven es una maravilla. Y lo ha hecho con el objetivo de que su cofradía, su congregación, obtenga un pequeño fondo para sus obras sociales. Más grandeza de alma no cabe. En el hall de entrada del Cervantes, allí, perfectamente enmarcados, podrán conseguir uno aquellos que lo deseen. Sólo hay 50 y su precio, 150 euros, es fantástico, porque fantástico es su objetivo. Sólo hay una excepción: el número uno, por cuestiones obvias, vale 500 euros. Gracias, maestro, por la maravillosa idea que has tenido. Gracias, Ricardo, enmarcador de antigua usanza de La Goleta, por el esfuerzo que has hecho. Gracias a todos. Félix, por ti y para ti, este nuevo aplauso surgido de lo más hondo de nuestro ser, donde, dicen, anida el amor de cada uno de los seres humanos. Gracias, amigo.

Bueno, empezamos: Que sea lo que Dios quiera. Va por ustedes.

Ante tí, señora de la Soledad, de las olas, del viento, de las velas, del tiempo detenido, de la Ciudad del Paraíso, de la jábega, del mar que besa el rebalaje, del corazón de estos dos pregoneros, hermanos hoy más que nunca; ante tí, señora de la belleza y de las lágrimas, de la elegancia y del encaje, de la flor de lis y del tocado único. Ante tí, nuestras palabras sean ofrenda de amor.

Ante tí, aquí, humildes y nerviosos, agradecidos a la Congregación que tanto honor nos hace, embelesados por tu rostro plasmado por esa mano de Dios que pinta llamado Félix, ante tí, Madre, Dios te Salve, Virgen marinera, madre de la Buena Muerte, señora de Santo Domingo y del Perchel. Ante tí, para tí, nuestras palabras, que son las de todos los malagueños porque sólo queremos cantarte y darte gloria, sólo queremos consolarte y decirte a voz en grito que no estás sola.

Y de pronto, como un rayo de belleza, como la aparición de un sueño, el Cristo de la Buena Muerte, la gloria de Mena, la gloria de Málaga, la gloria de España.

Clavado en el madero,
final de cruz sincera,
ni respira siquiera.

Salvarlo por entero
tan sólo eso quiero.

La mano ya está inerte,
llegó su Buena Muerte.

Hijo del Dios de todos,
de todos desesperados.

Expiración de Dios
Cristo, ¡deja tocarte!

Los dedos se contraen.

El clavo es el centro
de una corona abierta
con cinco lajas de hielo
con cinco rayos de muerte.

El brazo es madera en la madera
y crea un triángulo de aire,

un espacio para escribir la historia.

La sangre es la gota de vida,
el río fatigoso de sufrimiento
que se pierde en el mar del olvido.

El arte salva lo efímero
y hace eterno el sacrificio.

Es el rito.

La muerte triunfa.

La lágrima es tributo
al angustioso caos
del que no escapa
ninguno de nosotros.

El Concilio segundo de Nicea (año 787) y el cuarto de Constantinopla (869) pusieron fin a una polémica que surgió en el seno de la Iglesia católica desde sus orígenes quizás debido a los antecedentes de la prohibición que los libros del Antiguo Testamento hacía de los ídolos, consecuencia directa de la predilección del pueblo de Israel por ellos. Ambos concilios, y posteriormente el de Trento, se mostraron partidarios de las imágenes. «Deben conservarse las imágenes de Cristo, la Virgen y los Santos y tributárseles el debido honor y veneración, no porque se crea en ellas alguna divinidad o virtud, por la que haya que dárselos culto, o que haya que pedirseles algo a ellas, o que haya de ponerse la confianza en las imágenes, como hacían los gentiles, que colocaban su esperanza en los ídolos; sino porque el honor que se les tributa se refiere a los originales que ellas representan», dijo el Concilio de Trento. La Iglesia había hecho una clara opción por la presencia de las imágenes sagradas en sus lugares de culto. Frente a una cultura y religión judía, que concede la primacía a la palabra, evitando toda imagen, el cristianismo ha preferido seguir el camino de la cultura griega, que privilegia el lenguaje de la vista. La Iglesia, pues, “ha apostado” por el elemento visual y utiliza el arte con unos fines muy concretos: decir lo que quizás algunos no comprenden. Como también refirió Santo Tomás: «Mostrar lo que no se ve para que se vea».

Lo bello, sin duda, agrada a la vista. Y las Sagradas Escrituras hablan de María como una mujer bellísima y delicada. Lógicamente, la plasmación de la Virgen en esculturas e imágenes no podía ser de otra forma, más aún aquí, en Málaga, donde además la estética cuenta con un aliado esencial que tanto significa en el mundo cofrade: el barroco. La eclosión de las formas, el esplendor laberíntico de las molduras y los forjados, el reluciente y altivo color del oro eran el mejor aliado para las imágenes de Virgen malagueñas: sobre esos magníficos tronos, María, la reina de las reinas, será portada como ella merece por las calles de la ciudad en su visita anual a sus hijos, los mismos que a lo largo del año acuden a devolverle la visita a los santuarios, iglesias y capillas, y estableciendo una comunicación difícil de explicar, mucho más que de entender.

Los tronos malagueños, refuerzan la belleza plástica de las imágenes. Y las de la Virgen aún más por sus mantos y sus palios, complementos con los que se quiere transmitir la grandeza de la Madre de Dios. Muchas veces, esos tronos que parece que no entran por las calles, cuyos palios se estremecen cuando pasan a centímetros de distancia de balcones de un tercer piso contrastan con la sencillez de la imagen en sí, con su rostro sereno y frágil... Nada se deja al azar. Era un objetivo

claro realzar aún más la realeza de María, y en esos tronos se consigue.

Curiosamente, en ese entramado de curvas, en ese movimiento sin cesar de las formas, en ese color que se inunda por el pan de oro o en ese resplandor de la plata, sólo destaca la imagen de la Virgen, a la que siempre van dirigidos los ojos de quienes las contemplan, antes que a ningún otro elemento de los miles que conforman la imagen visual que nos ofrece un trono.

Y es que en un mundo cargado de barroquismo, en una forma de expresarse incluso ampulosa, es la sencillez de un rostro, la dulzura de una mirada lo que destaca sobre todo lo demás. Es el triunfo de lo sencillo sobre lo demás, es la sensación de que sólo con mirarlas a la cara es suficiente, que lo demás sobra... ¿Se han fijado en el rostro sereno de la Virgen de la Soledad de Mena? ¿Han parado a mirar sus dedos entrecruzados, como si ella quisiera hacer con sus manos una fuerza que le diera ánimo a su corazón hundido por el dolor?

Málaga es mariana, y eso significa que la devoción que existe hacia la Virgen supera la de otros muchos lugares. Esa tradición mariana tiene una clara repercusión en el mundo cofrade, donde las advocaciones de la Virgen, además de ser bellísimas, expresan claramente la gran unión que existe entre el pueblo y ella.

Todo el trono parece un mundo. Abigarrado en sus formas, con el oro del manto, con esas enormes coronas, joyas y más joyas, palios y velas... Y sin embargo... Sin embargo lo que resalta es el rostro de María. Todo va encaminado a ello, a que todos los ojos se claven en sus ojos... Nada es casualidad, en ese mundo todo tiene un orden y un objetivo: destacar la mayor de las bellezas, curiosamente la más sencilla, la de la sagrada imagen, sobre todas las demás, que son imágenes también, bellísimas también pero que..., como decía el poeta, no son sagradas.

«¡Qué guapa vas, Madre!», es una frase que se repite por decenas de miles de veces en las noches de las procesiones en Málaga. Y los piropos se suceden a su paso, y la gente mira de abajo arriba o de arriba abajo, de perfil o de costado, para ver la silueta del rostro de María, para ver ese rostro sereno y sencillo, muchas veces desgarrado por el dolor de lo que contemplan sus ojos, del momento que representa la sagrada imagen, que ha «convertido en visible el mundo invisible». La contemplación de esos rostros de las Vírgenes malagueñas nos invitan a una actitud personal de respuesta, nos guía a la comprensión, nos envuelve en un cierto misterio y además nos causa una sensación de bienestar... Eso es lo que en nuestra tierra significa «quedarse 'embobao'» mirando a la Virgen tal o cual, esas veces en las que nos quedamos como estáticos mirando fijamente su rostro, clavando nuestros ojos en los suyos, sintiendo sus sensaciones como propias...

Siempre se ha dicho que esta es una tierra mariana. «Tierra de María Santísima...», se ha escrito a través de los tiempos al hablar de Málaga en particular y de Andalucía en general. Es verdad. Esta tierra adora a María, y lo hace como reflejo de lo que sentimos por dentro. ¿Saben por qué somos tan devotos y tan fans de la Madre de Dios? Porque en cada imagen que sale a nuestras calles, en cada rostro de la Virgen vemos reflejadas la imagen y el rostro de nuestras propias madres, en una catarsis extraña que hace que nos sintamos unidos a ellas por el cordón umbilical de la vida, que sirve a modo de fe permanente. Muchas veces pienso, irreverentemente quizás, porque me importa un bledo lo que se diga o se dicte desde las normas, incluso esa frase de si se dice o se está en el momento oportuno y en el lugar indicado, porque la vida es algo más que las normas: es corazón, sentimiento y entrega. Eso siento yo por mi madre, eso sentimos por nuestras madres, eso sentimos por la madre en la que vemos reflejadas las nuestras: un corazón entregado, un sentimiento puro y limpio y un amor sin límites. Sin tí, la vida no vale nada, como diría la canción. Sin ella, nada tendría

sentido, pues el sentido de la vida es el que hemos recibido de generación en generación y tenemos arraigado dentro de nuestras entrañas. Eres, mujer, la madre de Dios, mi propia madre, la que yo más quiero. A tí, mujer, sin nombre propio, te dedico estas palabras y hago público mi homenaje. «Lo bello es lo que visto agrada», dijo Santo Tomás. Y es que, como refería San Agustín, «lo bello viene de Dios y nos lleva a Dios». Así, pues, el arte, la belleza de la estética nos abre hacia valores superiores. Así, pues, un icono, una vidriera, una pintura o una escultura, con su simbolismo y su lenguaje de formas y colores armónicos nos facilitan el acceso a lo trascendente y a lo infinito, que no pueden expresarse con otro lenguaje. El Concilio de Trento daba un mensaje de ánimo a los artistas para que 'colaboraran con la fe' al tiempo que los felicitaba y mostraba su gratitud porque ellos habían «convertido en visible el mundo invisible».

Hoy nos reúne aquí una efeméride singular en la vida de la cofradía de Nuestra Señora de la Soledad. Según la tradición corría el mes de marzo de 1756 y una fragata de la Armada se vio acometida por un violento temporal, de esos que aparecen de pronto y por ello son más peligrosos. El barco estaba cerca del puerto. La tripulación se puso bajo el amparo de la Virgen; a lo lejos se veía la espadaña del convento dominico. Igual que se había iniciado la tormenta amainó y los marineros se dirigieron a aquella iglesia para postrarse ante la que tuvieron desde entonces por su salvadora, la Virgen de la Soledad.

Como consecuencia del acontecimiento, el Papa Benedicto XIV concedió a la cofradía el título de Pontificia y un regalo único y singular, la Misa de Privilegio, el permiso para decir una misa en Sábado Santo, día en el que por estar Jesús muerto, no se podían celebrar misas. El acto litúrgico adquirió una gran importancia y se celebraba con gran asistencia de público, con música, con predicadores de fama y con la presencia de una representación de la Armada...

Tras el cambio litúrgico de Pío XII de 1955 la misa dejó de celebrarse y se sustituyó a partir de 1961 la celebración eucarística se trasladó al Domingo de Resurrección. La Marina siguió participando en los actos de la Congregación y en la procesión del Jueves Santo.

Desde los años ochenta asiste a la procesión una representación de caballeros guardiamarinas de la Escuela Naval de Marín que se unió al piquete de marinería que acompañaba a la Virgen; desde esos años participa en la procesión la Banda de Música del Tercio Sur de la Armada creando esa estampa única de sobria e insuperable elegancia. La Soledad al paso de Málaga, al paso marinero de las aguas de la bahía y a los sonos de la Salve Marinera. Son las cosas de esta ciudad...

En 1990 se entregó a la Congregación la bandera de combate del Galicia para que se custodiara en el camarín de la Soledad y desde 1988 se lleva a cabo el Sábado Santo la celebración mariana como anual recordación de lo sucedido en 1756 junto con la ofrenda de la Armada.

Es Jueves Santo, el trono que este año será asombro de los malagueños, mueve las lises del palio. La Soledad une sus manos y enlaza sus dedos en un gesto de dolor y de oración, sin duda, reza por nuestros marinos que cumplen con su deber en cualquier lugar del mundo y les sigue señalando su capilla como puerto seguro. Se escucha la banda y los sonos de la Salve ocupan las calles y los corazones, la Armada está con su Virgen y la acompaña amorosamente para que la Soledad esté menos sola.

En el convento de San Carlos y Santo Domingo se erigió la cofradía de la Soledad en el siglo XVI. Ya aparece documentada en 1579 pero su existencia es claramente anterior, se trata, por tanto, de una de las hermandades más antiguas de Málaga. Su vida ha estado llena de acontecimientos; en 1606 el obispo Moscoso y la ciudad quisieron extinguirla y agregarla a la de las Angustias del

convento de San Agustín con pretexto de que había muchas hermandades. La Soledad creó un hospital para niños abandonados y se libró de la extinción. Es interesante señalar esta vocación de asistencia social y de ayuda a los más necesitados.

Durante los siglos XVII y XVIII hay abundante documentación que muestra una vida muy intensa de la corporación formada por los aristócratas de la ciudad. En 1661 se fundó la hermandad de las Lanzas que tenía por misión llevar luto en la procesión de Nuestra Señora de la Soledad con banderas, estandartes y lanzillas de tafetán negro.

No faltaron pleitos como el de 1682 con la hermandad de la Soledad de San Juan por coincidencia en el nombre. Ganó la corporación dominicana y la Soledad de San Juan se llamó Dolores.

Tenemos noticias de la procesión en el siglo XVIII. Salía la Soledad al anochecer del Viernes Santo acompañada de la gente más principal y de mayor lucimiento en mucho número de personas, así como del clero eclesiástico como del estado secular, y toda la comunidad de dicho convento rezando el rosario, conduciéndose todos con suma devoción y silencio. Como vemos el orden y la penitencia están en la base de la hermandad.

En el siglo XVIII sufrió la crisis general que padecieron las hermandades con las medidas ilustradas y a mediados del XIX se reorganizó y siguiendo la tradición fueron sus hermanos los más distinguidos comerciantes e industriales de la ciudad, algunos de los cuales fueron ennoblecidos. En esos años la procesión iba acompañada por las autoridades y por una capilla vocal que marchaba delante de la imagen.

En 1915 se fusionaron la cofradía de la Soledad y la hermandad del Santísimo Cristo de la Buena Muerte y Ánimas, el Cristo de Mena.

La Soledad es la Virgen malacitana que tiene toda la serenidad marcada en su rostro, que acusa el dolor de la muerte, la Buena Muerte de Jesús. Esa sencillez, ese aura de tristeza infinita que llega a la serenidad máxima va acompañada, sin duda, porque no es una imagen grande, porque no tiene corona y porque sus manos entrelazadas consiguen un efecto en la estética que se transmite que sin duda impresiona. La Virgen de la Soledad es todo dolor. Los ojos han marchado al infinito, y sus lágrimas no es que estén, sino que inundan un rostro afilado que se presume hermosísimo, pero al que las penas han desfigurado. Es el mayor dolor de un ser humano recogido por un imaginero que captó como nadie la imagen de la mujer malagueña para transportarla a sus creaciones. Porque las imágenes que se ven en los distintos lugares suelen ser también reflejo de las gentes que allí habitan, porque el artista no puede –y seguramente no quiere– ausentarse ni abstraerse de su entorno. Es el mismo rostro, casi, por sus condiciones estéticas, que el de cualquier madre malagueña que haya perdido a su hijo.

Ella está arrumada por el dolor, pero saca fuerzas de flaqueza y aguanta la infinita pena de madre porque delante va el cuerpo de su hijo muerto. Muchas veces se me ha venido la imagen a mi mente de que este barrio, corazón de la Málaga de siempre, ha superado el paso de los tiempos, con dolor y muchas dificultades, sí, pero saliendo siempre adelante, gracias Señora de la Soledad.

Vuestra venerada imagen trasciende los conceptos humanos y se adentra en los corazones de la gente sencilla.

La satisfacción cofrade y el orgullo de serlo nos debe llevar a reivindicar algunas cosas que muchas veces pasan inadvertidas para los que no son como nosotros. Miren, repito, la Soledad ha participado en el milagro de haber aguantado el barrio del Perchel. El Perchel sigue aquí por su Mena y por su Expiración y su Esperanza, porque la fuerza cofrade es la única que sigue

vertebrando a una Málaga como la nuestra, que se ha hecho grande a porrazos, sin razón ni lógica, que ha crecido con la fuerza de los que vienen de otros lados y que se alimenta también de los que vienen para pasar unos días de ocio y descanso.

Unos y otros no están vinculados con la tierra porque no es la de ellos, sino a donde han acudido ellos para mejorar. Y aquí, ciudad abierta, donde recibimos a todos con los brazos abiertos, sabemos que corremos el riesgo de perder nuestros rasgos de identidad, pero lo preferimos a vivir encerrados en nuestro mundo sin dejar entrar a nadie o mirándonos a nuestro ombligo... Ciudad del Paraíso esta Málaga de mi Soledad que abre sus puertas y su corazón a todo aquel que quiere venir a ella aún a riesgo de perder sus señas de identidad... Por eso es tan importante que el mundo cofrade mantenga esa vertebración, porque es seguro que cientos de percheleros sólo volverán a su barrio el Jueves Santo o en Semana Santa para ver a la Virgen y a Jesús, el de la Buena Muerte... Madre mía, señora de la Soledad. En tu corazón tienes todas las imágenes de lo que han hecho con tu hijo, y nunca nadie habrá notado un mal gesto o una palabra de más... Ni una queja de tu corazón roto en mil pedazos, de tu alma destrozada, de tu mente en blanco por el dolor. Es Jueves Santo y la Málaga de siempre, la de ayer y la de hoy, se viste de sus mejores galas para verte. Es el día del dolor y de la muerte, pero en Málaga también es el día de la Esperanza y de la fe.

Recuerdo en mi infancia cuando era hombre de trono de la Virgen de la Caridad, cuando pasaba por delante de tus tinglao cuando iba para la Victoria. Recuerdo siempre la estela de mi camino por tu barrio para otro punto crucial en la historia de esta tierra, donde la Patrona nos vigila a todos, expectante, como buena madre que es, para no dejarnos de la mano...

Mi señora de Mena, ahora mismo te remito una carta urgente, una postal con el sello más malagueño de todos, un telegrama con acuse de recibo, para que ante tu hijo, que sabemos que está vivo a tu lado, para pedirte, oh señora de la Soledad, que nos cuides y nos acurruques, que no nos dejes solos, que cuides de nosotros y nos bendigas, que sin tí no somos nada ni nadie, Virgen de amor y de pena, madre del Dios que mandó a Jesús hacia la Buena Muerte para buscar una salida para quienes somos unos simples seres humanos, que no te llegamos ni a la suela de tus humildes sandalias... Madre de Dios que lloras desconsolada. Madre del cielo que comienza a ennegrecerse. Madre de todos, de ellos y de nosotros, hijos del cielo y del mar, herederos de Adán y Eva, Dios te Salve, madre, hija del Mediterráneo, mar que nos acurruca y nos bendice, que contiene todas tus lágrimas benditas y que nos acaricia, murmulleante, cada amanecer para recordarnos aquellas palabras que tus labios musitaban: «Hijo, no te vayas, quédate conmigo».

La cruz está repleta de Muerte y Málaga te ve pasar y la sequedad de las gargantas soporta otra vuelta de tuerca. Ahora, que no te lleven, ahora, sí, aquí, sobre la tierra de este monte maldito, todo se ha consumado y queremos morir también. Hazme caso, Dios, Dios.

El mensaje estético cumple en las imágenes de Virgen de Málaga todos sus objetivos, y la Soledad no iba a ser una excepción. Y es que en la noche de cualquier día es complicado olvidar estampas y movimientos, en los que María, la Madre de Dios, es la principal protagonista.

Pero también aquí juega un papel importante el espectador, que no es un instrumento pasivo en la conexión que existe en la noche malagueña. Hay como una especie de mensaje, un emisor y un receptor. Y aquí, el receptor, el espectador, no sólo contempla la escena, no sólo admira el rostro de la imagen, sino que la identifica, la asimila en su interior y asume sus propias vivencias, al tiempo que engarza sus sentimientos con la estética que se produce en ese instante.

Es la nieve perfecta del tocado,
Es el negro del terciopelo, es la noche y la muerte,
Es la lágrima detenida,
Es el dolor sobre todas las cosas.
Eres tú, Soledad, señora nuestra,
En el jardín secreto del llanto y de la angustia,
Eres tú, en el momento justo en que las manos
Se abrazan a la nada,
Al hueco que su beso te dejara,
Muy hondo, ahí, muy hondo,
En las entrañas que lo concibieron,
En el amor más puro,
En tu mirada,
En el mar infinito,
Y en el alma.

Madre de Dios, tu Hijo ha muerto
Lágrimas que no podrán socorrerte;
Madre de Dios, mujer por siempre.
nadie puede calmar tu pena
sola estás aunque haya mucha gente,
soledad de corazón desgarrado,
de alma destrozada,
infinito dolor de vida rota
Tu Hijo yace en la Cruz
Salve Dios, que ni odias ni te quejas
bondad infinita, ojos que son lágrimas
Estas muerta, mujer, pero vives.
Estás viva, mujer, pero has muerto.
Ni un quejío, ni un lamento
Virgen de la Soledad, todo lo sabías
pero ni siquiera advertir podías
sabedora de la tan enorme grandeza
de la muerte buena de tu Hijo Cristo
Dios te Salve, María
Soledad de Mena y de los percheles
madre del Hijo de Dios Salvador
no nos dejes solos a nosotros,
que de verdad, ahora y siempre, te necesitamos.

Eso es lo que provoca lo que vulgarmente se conoce como 'la piel de gallina', que es cuando algo recorre el cuerpo de un ser humano por dentro y produce mil y una sensaciones. Y todas esas

sensaciones y muchas más son las que penetran por los ojos de quien admira el paso de la Virgen de la Soledad por las calles en la noche del Jueves Santo al sonar de la Salve Marinera, con los ruidos de las chapas de los zapatos de los guardiamarinas, de esa Armada española que te lleva en la proa de sus barcos y en la popa de su corazón. Esas transmisiones, ese mensaje de complicidad entre el emisor y el receptor se rompe de muchas formas: con un piropo interior, con un grito mudo, con un rezo, con un suspiro o... con una lágrima. Simplemente con una lágrima.

La Soledad es el pozo de la pena, el pozo que no tiene fin, tan profundo como el dolor detenido en el rostro, en el pozo de las lágrimas, el cauce del llanto, la singladura de las perlas, del cristal. La Soledad es la elegancia del tocado, el camino blanco, la albura de la pureza, de la contradicción de la pureza, del misterio, del secreto insondable que la tradición ha hecho arte y dogma, historia de exaltados caballeros que juraban defender lo imposible hasta que corriera la sangre de la vida. La Soledad niega que la muerte sea buena, no, buena es en la teología, pero no en los sentidos vacíos, en los huecos que han dejado cada golpe, cada herida. La Soledad es la serenidad del mercurio en el gris plata del silencio.

La Soledad se refugia entre los oros y el terciopelo, no pierde un ápice de la modestia de la esclava del Señor. Mirándola se entiende la escena de tantas tablas flamencas: el sol atraviesa la vidriera y la ciudad de torres góticas se atisba en el ángulo izquierdo, en la ventana que ocupa al ángulo izquierdo. María está sola, reclinada delante del libro de áureas miniaturas, soñando con una cascada infinita en el centro de un jardín amenísimo que cantan los poetas, jardín cerrado a muchos. Una brisa tan leve como su piel, un escalofrío, unas palabras dichas sin ser pronunciadas y las espadas se anuncian, las espadas del dolor. Lo comprendió y lo aceptó todo, se abandonó. Es tan hermoso creerlo, lo han inventado con una dulzura que es música de las esferas.

La belleza de la Soledad se resume en una palabra, perfecta. Es un punto del eje ideal de los contrastes, una medida para los raseros de la sobriedad irrepetible. Qué difícil es explicar la sencillez de lo misterioso. El misterio es la ansiedad y nos mantiene en esta carrera perdida de antemano contra nosotros mismos y que sólo tú frenas con la dulzura del amor.

Es noche, el negro, la opacidad del tiempo detenido en la espadaña marinera. Es la madrugada del repelucos. Es el Vía Crucis y el buceo en los terciopelos ajados de la memoria, en las cretonas del corazón, para responder a la eterna pregunta de los contrarios, responder al deseo insatisfecho que reptaba en la calle como huésped de su propia sombra.

Es la muerte del hijo. Soledad, el dolor te impedía aceptarla aunque lo hubieras hecho cuando el ángel te anunció tu trágico destino. De tu boca salieron las palabras más terribles y más hermosas: te quiero y te quise sin fisuras, sin dudas. La herida de mi corazón, la herida presentida era mayor cuando te sorprendía con la cabeza agachada y los cabellos cayendo en la cara. Te quiero y te quise en tu forma de andar y de levantar el mentón, en tu mirada. Tus ojos son remansos o espumas encrespadas con reflejos de esmeraldas, con el agua en que me miro y miraba porque nunca aceptaré que no estés a mi lado. Te quiero por decreto invisible que no admite apelación. No tengo que buscar razones al imposible.

Soledad, es muy difícil plasmar el dolor y la belleza en un instante de eternidad, plasmarlo como un gesto que nos sorprende para siempre, como un beso, un perfume o un aliento próximo, como rozar un hombro con los labios en un momento de la eterna primavera. Es deseable sentirlo para que te acunen al menos una vez y morir en el amor de tus brazos. Todo eso y mucho más, el infinito está en tu suprema elegancia.

Es la noche del Jueves Santo, es la noche en la que reina la muerte.

Virgen de la Soledad:

Rendido de gozos vanos
en las rosas de tus manos
se ha muerto mi voluntad.
Cruzadas con humildad
En tu pecho sin aliento
La mañana del portento,
Tus manos fueron, Señora,
La primera cruz redentora,
La cruz del sometimiento.

Como tú te sometiste,
Someterme yo quería:
Para ir haciendo la vía
Con sol claro o noche triste.
Ejemplo santo nos diste
Cuando en la tarde deicida,
La soledad dolorida
Por los senderos mostrabas:
Tocas de luto llevabas,
Ojos de paloma herida.

La fruta de nuestro Bien
Fue de tu llanto regada:
Refugio fueron y almohada
Tus rodillas, de su sien.
Otra vez como en Belén,
Tu falda cuna le hacía,
Y sobre Él tu amor volvía
A las angustias primeras...
Soledad, si tú quisieras
Contigo le lloraría.

Y como querer quería
De tus besos recoger
La fuente clara, y saber
De tu dolor la medida.
Soledad, eres la vida
Que hemos de merecer.
Del Perchel, por tu querer,

De amores y más amores,
Eres la flor de las flores.
Eres la estrella del mar,
Eres, tú, la Soledad,
Que llena los corazones.

¡VIVA EL CRISTO DE MENA Y LA SOLEDAD! HEMOS DICHO